

www.puntodelectura.com

FRED VARGAS

Huye rápido, vete lejos

punto de lectura



Fred Vargas (Frédérique Audouin-Rouzeau, París, 1957), medievalista y arqueóloga, se dedica de forma paralela a la literatura policiaca, habiéndose convertido desde sus primeras novelas en un arrollador éxito, no sólo en su país sino también en las 32 lenguas a las que ha sido traducida. Original en su concepción del género, obras como *El hombre de los círculos azules*, *Más allá, a la derecha*, *Que se levanten los muertos*, *Huye rápido, vete lejos*, *Sin hogar ni lugar*, *Los que van a morir te saludan*, *El hombre al revés* o *Bajo los vientos de Neptuno* han hecho a Fred Vargas acreedora de galardones como el Prix mystère de la critique (1996 y 2000), el Gran premio de novela negra del Festival de Cognac (1999), el Deutsche Krimipreis (2004) y el Giallo Grinzane (2006).

FRED VARGAS

Huye rápido, vete lejos

Traducción de Blanca Riestra

Título: Huye rápido, vete lejos

Título original: *Pars vite et reviens tard*

© 2001, Editions Viviane Hamy

© Traducción: Blanca Riestra

Cedida por Ediciones Siruela S.A.

© De esta edición: febrero 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2017-7

Depósito legal: B-2.634-2008

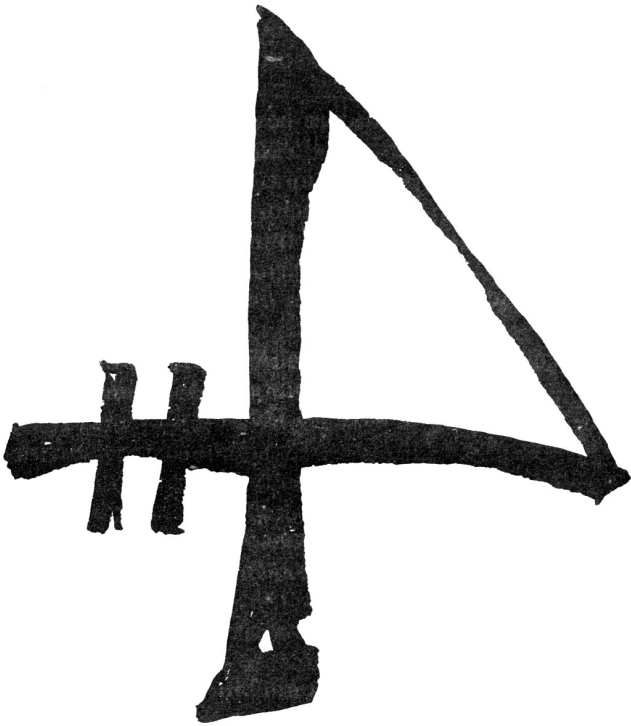
Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: María Pérez-Aguilera

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Huye rápido, vete lejos



I

Y entonces, cuando las serpientes, murciélagos, tejones y todos los animales que viven en la profundidad de las galerías subterráneas salen en masa a los campos y abandonan su hábitat natural: cuando las plantas que dan frutos y las leguminosas empiezan a pudrirse y a llenarse de gusanos (...).

II

Los individuos en París caminan mucho más rápido que en Guilvinec. Hacía mucho tiempo que Joss lo había constatado. Cada mañana, los peatones fluían por la Avenue du Maine a una velocidad de tres nudos. Este lunes, Joss estuvo a punto de alcanzar los tres nudos y medio, al tratar de corregir un retraso de veinte minutos. Todo por culpa de los posos del café que se habían derramado en su totalidad sobre el suelo de la cocina.

Aquello no lo había cogido por sorpresa. Joss comprendía desde hacía tiempo que las cosas están dotadas de una vida secreta y pernicioso. El mundo de las cosas estaba evidentemente repleto de una energía completamente concentrada en joder al hombre, a excepción quizás de algunas piezas del casco que no lo habían agredido nunca, según su memoria de marino bretón. El más mínimo error de manipulación provocaba a menudo toda una serie de calamidades en cadena, que podían ir del incidente desagradable a la tragedia, al ofrecerle a la cosa una libertad repentina, por mínima que fuese. El tapón que se escapa de los dedos constituye, en menor grado, un modelo básico. Porque un tapón suelto no viene rodando hasta los pies del hombre en modo alguno.

Se ovilla tras la cocina, malamente, en busca de inaccesibilidad, como la araña, y desencadena para su depredador, el Hombre, una sucesión de pruebas variables: desplazamiento de la cocina, rotura del tubo de enganche, caída de utensilios, quemaduras. El caso de esta mañana había procedido de un desencadenamiento más complejo, inaugurado por un error benigno de lanzamiento que había provocado el debilitamiento de la bolsa de la basura, desplome lateral y desparramamiento del filtro del café por el suelo. Así es como las cosas, animadas por un sentimiento de venganza legítimamente provocado por su condición de esclavas, consiguen a su vez, en momentos breves pero intensos, someter al hombre a su poder latente, hacen que se retuerza y se arrastre como un perro, y no se apiadan ni de mujeres ni de niños. No, Joss no confiaría en las cosas por nada en el mundo, como tampoco confiaba en los hombres ni en la mar. Las primeras os roban la razón, los segundos, el alma y la tercera, la vida.

Como hombre aguerrido que era, Joss no había desafiado a su suerte y había recogido el café como un perro, grano a grano. Había cumplido sin protestar la penitencia y el mundo de las cosas se había vuelto a replegar bajo el yugo. Aquel incidente matinal no era nada, en apariencia sólo una contrariedad banal, pero para Joss, que no se equivocaba, era un recordatorio claro de que la guerra entre hombres y cosas proseguía y de que en este combate el hombre no salía siempre vencedor, ni mucho menos. Recordatorio de tragedias, de navíos sin mástil, de bous despedazados y de su barco, el *Viento de*

Norois, que había hecho agua en el mar de Irlanda el 23 de agosto a las tres de la mañana con ocho hombres a bordo. Dios sabía sin embargo cuánto había respetado Joss las exigencias históricas de su bou y lo conciliadores que se habían mostrado el uno con el otro, hombre y barco. Hasta aquella maldita noche de tormenta en la que él había golpeado la cubierta con el puño, dominado por un ataque de ira. El *Viento de Norois*, que ya estaba casi acostado sobre estribor, había hecho bruscamente agua por la parte de atrás. Con el motor ahogado, el bou partió a la deriva en medio de la noche, con los hombres achicando el agua sin descanso, para detenerse al final sobre un arrecife al alba. Hacía de esto ya catorce años y dos hombres habían muerto. Catorce años desde que Joss había molido al armador del *Norois* a patadas. Catorce años desde que Joss había dejado el puerto de Guilvinec, tras nueve meses en la trena acusado de lesiones con intención de causar la muerte, catorce años desde que casi toda su vida se había escapado por aquella grieta en el casco de la nave.

Joss descendió por la Rue de la Gaîté, con los dientes apretados, masticando el furor que lo inundaba cada vez que el *Viento de Norois* salía a la superficie sobre las crestas de sus pensamientos. En el fondo, no tenía nada que reprocharle al *Norois*. El viejo bou sólo había reaccionado al golpe haciendo crujir su tablazón podrido por los años. Estaba seguro de que el barco no había sopesado el alcance de su breve rebeldía, inconsciente de su edad, de su decrepitud y de la potencia de las olas aquella noche. Seguro que el bou no había deseado la muerte

de los dos marinos y seguro que ahora, desde el fondo del mar de Irlanda donde descansaba como un imbécil, lo sentía. Joss le enviaba con bastante frecuencia palabras de consuelo y de absolución y creía que, como él, el barco era capaz ahora de conciliar el sueño, que se había construido otra vida, allá, como él aquí, en París.

Sin embargo, no habría absolución para el armador.

—Venga, Joss Le Guern —había dicho dándole golpecitos en el hombro—, aún hará que cabalgue otros diez años ese barcucho. Él es fuerte y usted sabe dominarlo.

—El *Norois* se ha vuelto peligroso —repetía Joss obstinadamente—. Gira sobre sí mismo y su cubierta está deformada. Los paneles de la bodega están gastados. No respondo de él si hay tormenta. Y el bote ya no se adapta a las normas.

—Conozco mis barcos, capitán Le Guern —había respondido el armador endureciendo el tono—. Si tiene miedo del *Norois*, cuento con diez hombres dispuestos a reemplazarlo con un solo chasquido de dedos. Hombres que no se espantan y que no gimen como burócratas por culpa de las normas de seguridad.

—Pero yo tengo a tres muchachos a bordo.

El armador aproximaba su rostro, gordo, amenazante.

—Si se le ocurre, Joss Le Guern, ir a lloriquear a la capitanía del puerto, se encontrará en la calle antes de poder reaccionar. Y de Brest a Saint-Nazaire no encontrará ni a un solo tipo con quien embarcarse. Le aconsejo que reflexione bien, capitán.

Sí, Joss todavía lamentaba no haber rematado a aquel tipo, al día siguiente del naufragio, en vez de haberse contentado con romperle un brazo y destrozarle el esternón. Pero algunos hombres de la tripulación los habían separado, un grupo de cuatro. No jodas tu vida, Joss, le habían dicho. Lo habían agarrado, se lo habían impedido. Le habían impedido liquidar al armador y a todos sus esclavos, a aquellos que lo habían tachado de todas las listas en cuanto salió de la cárcel. Joss había estado gritando en todos los bares que los culos gordos de la capitanía percibían comisiones y sus gritos fueron tan fuertes que se vio forzado a abandonar la marina mercante. Rechazado de puerto en puerto, Joss se había medido un martes por la mañana en el Quimper-París para embarrancar, como tantos otros bretones antes que él, en el vestíbulo de la estación Montparnasse, dejando tras él una mujer en fuga y nueve tipos que matar.

Cuando tuvo ante sus ojos el cruce Edgar-Quinet, Joss volvió a arrumar sus odios nostálgicos en el forro de su espíritu y se apresuró a recuperar el retraso. Todas esas historias sobre los posos del café, sobre la guerra de las cosas y la guerra de los hombres le habían robado un cuarto de hora por lo menos. Ahora bien, la puntualidad era un elemento clave en su trabajo y estaba empeñado en que la primera edición de su diario hablado empezase a las ocho y treinta, la segunda a las doce horas y treinta y cinco minutos, y la de la noche a las dieciocho horas y diez minutos. Eran los momentos de mayor afluencia y los oyentes iban demasiado apurados en aquella ciudad para soportar el más mínimo retraso.

Joss descolgó la urna del árbol donde quedaba suspendida por las noches, con ayuda de un nudo de guía y de dos candados, y la sopesó. Esta mañana no estaba demasiado llena, podría trillar la mercancía bastante rápido. Sonrió levemente y llevó la caja hasta la trastienda que le prestaba Damas. Aún quedan buenos tipos en la tierra, tipos como Damas, que te dejan una llave y un palmo de mesa sin miedo a que les desvalijes la caja. Damas, menudo nombre. Regentaba una tienda de *rollers* en la plaza, Roll-Rider, y le dejaba acceso libre para que preparase sus ediciones al abrigo de la lluvia. Roll-Rider, menudo nombre. Joss desencadenó la urna, una gruesa caja de madera que había empavesado con sus propias manos y a la que había bautizado como *Viento de Norois II*, en homenaje a su difunto ser querido. Indudablemente no era muy honorífico para un gran bou de pesca de altura ver a su descendencia reducida al estado de buzón parisino, pero este buzón no era un buzón cualquiera. Era un buzón genial, concebido a partir de una idea genial, surgida hacía siete años, gracias a la cual Joss había superado de manera formidable la cuesta, tras tres años de trabajo en una conservera, seis meses en una fábrica de bobinas y dos años de paro. La idea genial se le había ocurrido una noche de diciembre en un café de Montparnasse lleno en sus tres cuartas partes de bretones solitarios, cuando, abatido con una copa entre las manos, escuchó el sempiterno ronroneo de los ecos de su tierra. Un tipo habló de Pont-l'Abbé y fue así como el bisabuelo Le Guern, nacido en Locmaria en 1832, salió de la cabeza de Joss para acodarse en la barra y decirle hola. Hola, dijo Joss.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó el viejo.

—Sí —farfulló Joss—. Cuando yo nací ya habías muerto y no lloré.

—Oye, hijo, podrías evitarme las tonterías para una vez que te visito. ¿Cuántos haces?

—Cincuenta años.

—No te ha sentado bien la vida. Aparentas más.

—No necesito tus comentarios y además no te he llamado. Tú también eras feo.

—Utiliza otro tono, amigo. Ya sabes cómo me pongo cuando me enfado.

—Ya, todo el mundo lo sabía. Sobre todo tu mujer, le pegaste como a un saco durante toda su vida.

—Bueno —dijo el viejo gesticulando—, hay que poner todo eso en su sitio. Eran cosas de aquella época.

—Un cojón la época. Eran cosas tuyas. Le jodiste un ojo.

—Venga, no vamos a seguir hablando de ese ojo durante siglos.

—Sí, para que sirva de ejemplo.

—¿Y eres tú, Joss, quien me habla de ejemplo? ¿El Joss que casi destripa a un tipo a puntapiés en el muelle de Guilvinec? ¿O me equivoco?

—Para empezar, no era una mujer y, además, ni siquiera era un tipo. Era un roñoso y se la sudaba que los otros la palmasen siempre que pudiese sacar billetes.

—Ya, lo sé. No puedo decir que te equivoques. Pero eso no es todo, chaval, ¿por qué me has llamado?

—Te lo he dicho. No te he llamado.

—Eres un gilipollas. Tienes suerte de haber heredado mis ojos porque te hubiese metido una buena. Pues

fíjate tú que si estoy aquí es porque me has llamado, es así y nada más. Además, no es un bar del que sea asiduo, no me gusta la música.

—Bueno —dijo Joss, vencido—. ¿Te invito a un trago?

—Si consigues levantar el brazo. Porque déjame decirte que ya has bebido tu dosis.

—Ocúpate de tus asuntos, viejo.

El antepasado se encogió de hombros. Se había visto en otras peores y no iba a ser ese mocoso quien lo atemorizase. Un Le Guern de pura cepa este Joss, no había ni que decirlo.

—¿Cómo es eso? —retomó el viejo sorbiendo su licor de hidromiel—. ¿No tienes ni mujer ni cuartos?

—Pones el dedo en la llaga —respondió Joss—. Eras menos espabilado en su momento, según lo que cuentan.

—Es por ser fantasma. Cuando uno está muerto sabe cosas que antes no sabía.

—No jodas —dijo Joss extendiendo un brazo débil en dirección al camarero.

—Por las mujeres no valía la pena que me llamasen, nunca ha sido mi especialidad.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero lo del curro no es muy complicado, chico. No tienes más que copiar a la familia. No pintabas nada con las bobinas, fue un error. Y además, ya sabes, hay que desconfiar de las cosas. Puede que los aparejos estén bien, pero de las bobinas, de los hilos, de los corchos ni te digo, más vale pasar de largo.

—Ya lo sé —dijo Joss.

—Hay que arreglárselas con la herencia. Copia a la familia.

—No puedo ser marino —dijo Joss poniéndose nervioso—. Estoy vetado.

—¿Quién te habla de ser marino? Hay más cosas que los peces en la vida, Dios bendito, sólo me faltaba eso. ¿Fui marino yo?

Joss vació su vaso y se concentró en la cuestión.

—No —dijo tras algunos instantes—. Eras el pregonero. Desde Concarneau hasta Quimper, eras el pregonero de las noticias.

—Sí, hijo mío, y me enorgullezco de ello. *Ar Bannour* era yo, «el pregonero». No había ninguno mejor que yo en la costa sur. Cada día de Dios, *Ar Bannour* entraba en un pueblo nuevo y al mediodía pregonaba las noticias. Y puedo decirte que había gente que me esperaba desde el alba. Tenía treinta y siete pueblos en mi territorio, ¿no es poco, eh? La gente vivía en el mundo, ¿y gracias a qué? Gracias a las noticias. ¿Y gracias a quién? A mí, *Ar Bannour*, el mejor recolector de noticias del Finisterre. Mi voz llegaba desde la iglesia hasta el lavadero y yo conocía todas las palabras. Todos alzaban la cabeza para escucharme. Y mi voz traía el mundo, la vida, y eso era algo diferente al pescado, puedes creerme.

—Ya —dijo Joss, sirviéndose directamente de la botella colocada sobre la barra.

—El segundo imperio lo cubrí yo. Iba a buscar las noticias hasta Nantes y las traía a lomos de caballo, frescas como la marea. La tercera república la pregoné yo en todas las costas, tenías que haber visto aquel follón. Y ni te hablo del caldo local: los matrimonios, las muertes, las

disputas, los objetos recuperados, los niños perdidos, los zuecos para reparar, era yo el que transportaba todo aquello. De pueblo en pueblo, me entregaban noticias para que las leyese. La declaración de amor de la hija de Penmarch a un chico de Sainte-Marine, aún lo recuerdo. Un escándalo de todos los diablos seguido de un asesinato.

—Te podías haber callado.

—No sé por qué, me pagaban para leer, hacía mi trabajo. Si no leía, les robaba a los clientes y los Le Guern quizás seamos unos brutos pero no somos unos bandidos. Sus dramas, sus amores y sus celos de pescadores no eran asunto mío. Ya tenía bastante con ocuparme de mi propia familia. Una vez al mes, pasaba por el pueblo a ver a los niños, ir a misa y echar un polvo.

Joss suspiró en su vaso.

—Y a dejar los cuartos —completó el antepasado con un tono firme—. Una mujer y ocho niños comen lo suyo. Pero, créeme, con *Ar Bannour*, nunca les faltó de nada.

—¿No les faltaron bofetadas?

—Dinero, imbécil.

—¿Daba para tanto?

—Tanto como yo quería. Si hay un producto que nunca se agota en esta tierra son las noticias, y si hay una sed que nunca cesa es la curiosidad de los hombres. Cuando eres pregonero, das de mamar a toda la humanidad. Tienes la seguridad de que nunca te faltará leche y de que nunca te faltarán bocas. Oye chico, si empinas tanto el codo, nunca podrás trabajar de pregonero. Es una profesión que exige ideas claras.

—No quiero entristecerte, abuelo —dijo Joss sacudiendo la cabeza—, pero la de pregonero es una profesión

que ya no existe. Ya no encontrarás a nadie que entienda la palabra. «Zapatero» sí, pero «pregonero» ya ni existe en el diccionario. No sé si sigues manteniéndote informado desde que has muerto pero las cosas han cambiado mucho por aquí. Ya nadie necesita que le griten a los oídos en la plaza de la iglesia, puesto que todo el mundo tiene periódico, radio y televisión. Y si te conectas a la red en Loctudy, sabes si alguien se ha meado en Bombay. Imagínate.

—¿Me tomas de verdad por un viejo gilipollas?

—Te informo, nada más. Ahora me toca a mí.

—Te rindes, mi pobre Joss. Enderézate. No has comprendido gran cosa de lo que te he dicho.

Joss alzó una mirada vacía hacia la silueta del bisabuelo que descendía de su taburete de bar con una cierta prestancia. *Ar Bannour* había sido grande en su época. Era cierto que se parecía a aquel bruto.

—El pregonero —dijo el antepasado con fuerza plantando su mano sobre el mostrador— es la vida. Y no me digas que ya nadie comprende lo que significa esa palabra o que ya no figura en el diccionario. Será más bien que los Le Guern han degenerado y ya no se merecen pregonarla. ¡La vida!

—¡Pobre viejo imbécil! —murmuró Joss viéndolo partir—. Pobre viejo achacoso.

Dejó el vaso sobre la barra y añadió bramando en su dirección:

—¡Además, no te había llamado!

—Qué le pasa ahora —le dijo el camarero tomándolo por el brazo—. Sea razonable, está molestando a todo el mundo.

—¡Me la suda el mundo! —aulló Joss agarrándose al mostrador.

Joss recordaba haber sido expulsado del bar D'Artilmon por dos tipos más bajos que él y haberse balanceado sobre la calzada durante un centenar de metros. Se había despertado nueve horas más tarde en un portal, a una buena decena de estaciones de metro del bar. Alrededor de mediodía, se había arrastrado hasta su habitación ayudándose con las dos manos para sostener su cabeza, pesada como el hierro, y se había vuelto a dormir hasta el día siguiente a las seis. Cuando abrió dolorosamente los ojos, había clavado sus ojos en el techo sucio de su vivienda y había dicho, obstinadamente:

—Pobre viejo imbécil.

Hacía ya siete años que, tras algunos meses de rodaje difícil —encontrar el tono, escoger el emplazamiento, concebir las rúbricas, encontrar una clientela fiel, fijar las tarifas—, Joss había adoptado la profesión en desuso de pregonero. *Ar Bannour*. Se había paseado con su urna por diversos puntos en un radio de setecientos metros alrededor de la estación Montparnasse —de la que no le gustaba alejarse, por si acaso, decía— para terminar estableciéndose hacía dos años en el cruce Edgar-Quinet-Delambre. Atraía así a los habituales del mercado, a los residentes, captaba a los empleados de las oficinas mezclados con los asiduos de la Rue de la Gaîté y una parte de la oleada procedente de la estación Montparnasse. Pequeños grupos compactos se apelotonaban en torno a él para escuchar el pregón de las noticias. Sin duda eran menos numerosos que los que se reunían antaño en torno

al bisabuelo Le Guern pero, no en vano, Joss oficiaba cotidianamente y tres veces al día.

Sin embargo en su urna la cantidad de mensajes era bastante considerable, unos sesenta al día por término medio —y muchos más por la mañana que por la tarde, puesto que la noche propiciaba los depósitos furtivos—, cada uno iba en su sobre cerrado y lastrado por una moneda de cinco francos. Cinco francos para poder escuchar su pensamiento, su anuncio, su búsqueda lanzada a los aires de París, no era tan caro. Joss había propuesto en un principio una tarifa mínima, pero a la gente no le gustaba que saldasen sus frases a un franco. Aquello depreciaba su ofrenda. Esta tarifa convenía tanto al que daba como al que recibía y Joss terminó facturando nueve mil francos netos al mes, domingos incluidos.

El viejo *Ar Bannour* tenía razón: nunca había faltado material y Joss tuvo que convenir con él, una noche de borrachera, en el bar D'Artimon. «Los hombres están repletos de cosas que decir, ya te lo advertí», dijo el antepasado bastante satisfecho de que el chico hubiese retomado el negocio. «Repletos como viejos colchones de paja. Repletos de cosas que decir y de cosas que no hay que decir. Tú recoges la oferta y rindes servicio a la humanidad. Eres el expurgador. Pero, cuidado, hijo, es muy cansado. Si arañas el fondo, sacarás agua clara y sacarás mierda. Cuida tus cojones, no hay sólo belleza en la cabeza del hombre.»

Tenía razón el antepasado. En el fondo de la urna había cosas decibles y cosas no decibles. «Indecibles», había corregido el letrado, el viejo que regentaba una especie de hotel al lado de la tienda de Damas. De hecho,

cuando sacaba los mensajes, Joss comenzaba por formar dos montones, el montón decible y el montón no decible. En general el decible circulaba por su vía natural, es decir por la boca de los hombres, en riachuelos ordinarios o en oleadas vociferantes, lo que permitía que el hombre no explotase bajo la presión de las palabras apretadas. Porque a diferencia del colchón de paja, el hombre desgranaba cada día nuevas palabras, lo que convertía en completamente vital la cuestión del desagüe. De lo que era decible, una parte trivial llegaba hasta la urna y se inscribía en las rúbricas de Venta, Compra, Se busca, Amor, Asuntos diversos y Anuncios técnicos; estos últimos estaban limitados numéricamente por Joss, que cobraba por ellos seis francos en compensación por las molestias que le causaba su lectura.

Pero, sobre todo, lo que el pregonero había descubierto era el volumen insospechado de lo indecible. Insospechado porque ningún agujero estaba previsto en el colchón de paja para la eliminación de aquella materia verbal. Bien porque traspasa los límites lícitos de la violencia, o de la audacia, o al contrario, porque no consigue alcanzar un grado de interés que legitime su existencia. Esas palabras ultrajantes o indigentes se ven entonces arrinconadas a una existencia de reclusas, sepultadas por el tropel, viven en la sombra, la vergüenza y el silencio. Sin embargo, y esto el pregonero lo había entendido perfectamente en siete años de cosecha, esas palabras aun así no mueren. Se acumulan, se encaraman las unas sobre las otras, se agrían a medida que transcurre su vida subterránea, asistiendo, rabiosas, al exasperante vaivén de las palabras fluidas y autorizadas. Al inaugurar esta

urna hendida con una fina abertura de doce centímetros, el pregonero había creado una brecha por donde las prisioneras se escapaban con un vuelo de saltamonte. No había una mañana en que no sacase algo indecible del fondo de su caja: arengas, injurias, desesperanzas, calumnias, denuncias, amenazas, locuras. Indecible y a veces tan simple, tan desesperadamente memo, que costaba trabajo leerlo hasta el final. A veces tan retorcido que el sentido era prácticamente inasible. A veces tan viscoso que la hoja se le caía de las manos. Y tan lleno de odio, a veces, tan destructivo, que el pregonero acababa eliminándolo.

Porque el pregonero trillaba.

A pesar de ser un hombre cumplidor y consciente de extirpar de la nada los desechos más perseguidos del pensamiento humano, de continuar la obra salvadora de su antepasado, el pregonero se concedía el derecho de excluir todo aquello que no era capaz de repetir con sus propios labios. Los mensajes no leídos quedaban a disposición del autor con la moneda de cinco francos, pues, como había remachado el antepasado, los Le Guern no somos bandidos. Así, tras cada pregón, Joss desplegaba los desechos del día sobre la caja que hacía las veces de estrado. Siempre había. Todos los que prometían machacar a las mujeres y los que mandaban a la mierda a los negratos, a los moros, a los amarillos y a las mariconas iban a parar a los desechos. Y es que Joss adivinaba por instinto que le había faltado poco para nacer mujer, negrata o maricón, y la censura que ejercía no era prueba de elevación espiritual sino un simple reflejo de supervivencia.

Una vez al año, durante el periodo vacacional del 11 al 16 de agosto, Joss ponía la urna en cala seca para repararla, limarla y pintarla de nuevo: de azul brillante por encima de la línea de flotación, de azul ultramar por debajo y el *Viento de Noroís II* pintado en negro sobre la cara delantera, con grandes letras cuidadosas, los *Horarios* sobre el flanco de babor y las *Tarifas y Otras condiciones aferentes* a estribor. Había escuchado mucho esa palabra con motivo de su arresto y de su juicio posterior y la había asimilado con sus recuerdos. Joss consideraba que aquel «aferentes» daba cuerpo a su pregón, a pesar de que el letrado del hotel no estuviese de acuerdo. Un tipo del que no sabía muy bien qué pensar, este Hervé Decambrais. Un aristócrata sin duda alguna, con muchos aires, pero tan arruinado que tenía que subarrendar las cuatro habitaciones de su primer piso y aumentar sus pequeñas ganancias con la venta de manteles y la distribución, previo pago, de consejos psicológicos de pacotilla. Él vivía confinado en dos habitaciones del piso bajo, rodeado de pilas de libros que le comían el espacio. Hervé Decambrais había engullido millones de palabras, pero Joss no temía que aquello le produjese asfixia porque el aristócrata hablaba mucho. Tragaba y regurgitaba todo el día, una verdadera pompa, con partes complicadas, no siempre inteligibles. Damas tampoco captaba todo; aquello lo tranquilizaba sólo en parte porque Damas tampoco es que fuese una lumbrera.

Mientras desparramaba el contenido de la urna sobre la mesa para empezar a separar lo decible de lo indecible, Joss detuvo su mano encima de un sobre ancho y grueso, de un blanco marfileño. Por primera vez, se preguntó si el

letrado no sería el autor de aquellos mensajes lujosos —veinte francos en el sobre— que llevaba recibiendo desde hacía tres semanas, los mensajes más desagradables de los últimos siete años. Joss desgarró el sobre, con el antepasado asomado sobre su hombro. «Cuida tus cojones, Joss, no hay sólo belleza en la cabeza del hombre.»

—Cierra la boca —dijo Joss.

Desplegó la hoja y leyó en voz baja:

Y entonces, cuando las serpientes, murciélagos, tejones y todos los animales que viven en la profundidad de las galerías subterráneas salen en masa a los campos y abandonan su hábitat natural: cuando las plantas que dan frutos y las leguminosas empiezan a pudrirse y a llenarse de gusanos (...).

Joss le dio la vuelta a la hoja para buscar una continuación pero el texto se detenía ahí. Sacudió la cabeza. Había desaguado muchas palabras espantadas pero aquel tipo batía todos los récords.

—Pirado —murmuró—. Rico y pirado.

Volvió a dejar la hoja y desgarró rápidamente los otros sobres.

III

Hervé Decambrais se presentó en el umbral de su puerta unos minutos antes del comienzo del pregón de las ocho y media. Se pegó al marco y esperó la llegada del bretón. Sus relaciones con el pescador estaban cargadas de silencio y hostilidad. Decambrais no llegaba a determinar el origen y las causas de aquello. Tenía tendencia a desviar la responsabilidad hacia aquel tipo rústico, tallado en granito, posiblemente violento, que había venido a perturbar el orden sutil de su existencia hacía dos años, con su caja, su urna grotesca y sus pregones que derramaban tres veces al día una tonelada de mierda indigente sobre la plaza pública. Al principio, no le había concedido importancia, convencido de que aquel tipo no aguantaría ni una semana. Pero todo aquel asunto de los pregones había funcionado de manera notable y el bretón se había hecho una clientela, llenando la sala día tras día, como quien dice; un verdadero fastidio.

Por nada en el mundo Decambrais hubiese dejado de asistir a aquel fastidio, aunque por nada en el mundo lo hubiera reconocido. Ocupaba, pues, su sitio cada mañana con un libro en la mano y escuchaba el pregón con los ojos bajos, pasando las páginas pero sin avanzar una

sola línea en su lectura. Entre dos rúbricas, Joss Le Guern le lanzaba a veces una breve mirada. A Decambrais no le gustaba esa ojeada azul. Le parecía que el pregonero quería asegurarse de su presencia y que se figuraba que había terminado picando, como un vulgar pez. Porque el bretón no había hecho más que aplicar a la ciudad sus reflejos brutales de pescador, arrastrando en sus redes las oleadas de viandantes como si fuesen bancos de bacalao, igual que un verdadero profesional de la captura. Viandantes y peces eran la misma cosa en su cabeza de chorlito, prueba de esto es que los vaciaba para comerciar con sus entrañas.

Pero Decambrais estaba atrapado y era demasiado buen conocedor del alma humana para ignorarlo. Sólo aquel libro que llevaba en la mano lo distinguía aún de los otros espectadores de la plaza. ¿Acaso no sería más digno dejar aquel maldito libro y afrontar tres veces al día su condición de pescado? ¿Es decir, de ser vencido, de hombre de letras arrastrado por el grito inepto de la calle?

Joss Le Guern iba con algo de retraso aquella mañana, algo muy poco habitual en él y, a través del ángulo exterior de sus ojos bajos, Decambrais lo vio llegar apurado y colgar sólidamente la urna vacía al tronco del plátano, aquella urna de color azul chillón bautizada pretenciosamente *Viento de Norois II*. Decambrais se preguntaba si el marinero tenía la cabeza en su sitio. Le hubiese gustado saber si había bautizado de aquella manera todos sus bienes, si sus sillas y sus mesas también tenían nombre. Después miró cómo Joss manipulaba la pesada tarima

con sus manos de estibador, la calaba sobre la acera con tanta facilidad como si hubiese manipulado un pájaro, saltaba encima con una zancada enérgica como si se subiese a bordo de un barco y extraía las hojas de su chaqueta marinera. Una treintena de personas esperaban, dóciles, entre las cuales sobresalía Lizbeth, fiel en su puesto, con las manos en las caderas.

Lizbeth ocupaba la habitación número 3 de su casa y, a guisa de alquiler, ayudaba al buen funcionamiento de su pequeña pensión clandestina. Era una ayuda decisiva, luminosa, irremplazable. Decambrais vivía con la aprensión de que un día un tipo le arrebatase a su magnífica Lizbeth. Aquello terminaría por llegar, inevitablemente. Grande, gorda y negra, Lizbeth resultaba visible desde lejos. No tenía ninguna esperanza, pues, de poder esconderla de los ojos del mundo. Además, Lizbeth no tenía un temperamento discreto, hablaba alto y distribuía generosamente su opinión sobre todas las cosas. Lo más grave era que la sonrisa de Lizbeth, felizmente poco frecuente, provocaba en el otro un deseo irreprímible de arrojarle entre sus brazos, de apretarse contra su gran pecho y quedarse a vivir allí toda la vida. Tenía treinta y dos años, y un día él la perdería. Por el momento, Lizbeth arengaba al pregonero.

—Arrancas con retraso, Joss —decía con el cuerpo arqueado y la cabeza alzada hacia él.

—Lo sé, Lizbeth —contestó el pregonero, jadeante—. Fueron los posos de café.

Lizbeth tenía tan sólo doce años cuando la arrancaron de un gueto negro de Detroit, para arrojarla después en un burdel de la capital francesa. Durante catorce años

había aprendido la lengua sobre las aceras de la Rue de la Gaîté. Hasta que la echaron, a causa de su corpulencia, de todos los *peep-show* del barrio. Llevaba diez días durmiendo sobre un banco de la plaza cuando Decambrais se decidió a ir a buscarla, en una noche de lluvia fría. De las cuatro habitaciones que alquilaba en el primer piso de su vieja casa había una libre. Se la ofreció. Lizbeth había aceptado, se había desnudado en cuanto entró y se había acostado sobre la alfombra, con las manos bajo la nuca y los ojos en el techo, esperando que el viejo actuase. «Hay un malentendido», había mascullado Decambrais tendiéndole su ropa. «No tengo otra cosa con que pagarle», había contestado Lizbeth volviendo a levantarse, con las piernas cruzadas. «Aquí», había continuado Decambrais con los ojos clavados en la alfombra, «no doy abasto, con la limpieza, la cena de los pensionistas, las compras, el servicio. Écheme una mano y le dejo la habitación». Lizbeth había sonreído y Decambrais casi se arroja contra su pecho. Pero se encontraba viejo y estimaba que aquella mujer tenía derecho al reposo. Lizbeth había tenido su reposo: llevaba seis años allí y él no le había conocido ningún amor. Lizbeth empezaba a recuperarse y él rezaba para que aquello durase aún un poco más.

El pregón había empezado y los anuncios se sucedían. Decambrais se dio cuenta de que se había perdido el principio, el bretón estaba ya en el anuncio n.º 5. Era el sistema. Uno retenía el número que le interesaba y se dirigía al pregonero «para los detalles complementarios aferentes». Decambrais se preguntaba dónde habría pillado *Le Guern* esta expresión de gendarme.

—Cinco —pregonaba Joss—: *Vendo gatitos blancos y pelirrojos, tres machos, dos hembras. Seis: A los que tocan el tambor toda la noche con su música de salvajes frente al número 36, se les ruega que paren. Hay gente que duerme. Siete: Se hacen trabajos de ebanistería, restauración de muebles antiguos, resultado esmerado, recogida y depósito a domicilio. Ocho: Que la Electricidad y el Gas de Francia se vayan a tomar por el culo. Nueve: Son un timo los de la desinsectación. Sigue habiendo cucarachas y te roban seiscientos francos. Diez: Te quiero, Hélène. Te espero en el Gato que baila. Firmado, Bernard. Once: Hemos tenido otro verano de mierda y ahora ya estamos en septiembre. Doce: Al carnicero de la plaza: la carne de ayer era una suela y ya es la tercera vez esta semana. Trece: Jean-Christophe, vuelve. Catorce: Policías igual a tarados, igual a cabrones. Quince: Vendo manzanas y peras de jardín, sabrosas y jugosas.*

Decambrais dirigió una ojeada a Lizbeth que escribía la cifra quince en su cuaderno. Desde que el pregonero pregonaba, uno encontraba excelentes productos por poco dinero y eso se revelaba ventajoso para la cena de los pensionistas. Había deslizado una hoja blanca entre las páginas de su libro y esperaba con el lápiz en la mano. Desde hacía varias semanas, tres quizás, el pregonero declamaba textos insólitos que no parecían intrigarle más que la venta de manzanas y de coches. Esos mensajes fuera de lo común, refinados, absurdos o amenazantes, aparecían ahora regularmente en la entrega de la mañana. Desde anteayer, Decambrais se había decidido a transcribirlos discretamente. Su lápiz, de cuatro centímetros de largo, cabía enteramente en la palma de su mano.

El pregonero abordaba el parte meteorológico. Anunciaba sus previsiones, estudiando el estado del cielo desde su estrado, con la nariz alzada, y completaba a continuación con un estado de la mar completamente inútil para todos aquellos que estaban agrupados en torno a él. Pero nadie, ni siquiera Lizbeth, se había atrevido a decirle que podía guardarse su sección. Escuchaban como en la iglesia.

—*Tiempo feo de septiembre* —explicaba el pregonero, con el rostro vuelto hacia el cielo—, *no despejará hasta las seis de la tarde, un poco mejor al atardecer, si desean salir pueden hacerlo, sin embargo cojan una chaqueta, viento fresco atenuándose con el rocío. Estado de la mar, Atlántico, situación general del día de hoy y evolución: anticiclón 1.030 al sudoeste de Irlanda con dorsal reforzándose sobre la Mancha. Sector cabo Finisterre, este a noroeste 5-6 al norte, de 6 a 7 al sur. Mar localmente agitada fuerte por marejada del oeste al noroeste.*

Decambrais sabía que la situación del mar llevaba su tiempo. Volvió la hoja para releer los dos anuncios que tenía anotados de los días precedentes:

A pie con mi pajecillo (que no me atrevo a dejar en casa porque con mi mujer siempre está holgazaneando) para excusarme por no haber acudido a cenar a casa de Mme. (...), que, ya lo sé, está enfadada porque no le he procurado los medios de hacer sus compras a buen precio para su gran festín en honor a la nominación de su marido en el puesto de lector, pero eso me da igual.

Decambrais frunció las cejas, rebuscando de nuevo en su memoria. Estaba convencido de que este texto era una cita y que la había leído en algún lugar, un día, alguna

vez, a lo largo de su vida. ¿Dónde? ¿Cuándo? Pasó el mensaje siguiente, fechado la víspera:

Tales signos son la abundancia extraordinaria de pequeños animales, que se engendran en la podredumbre, como las pulgas, las moscas, las ranas, los sapos, los gusanos, las ratas y similares que prueban tanto una gran corrupción en el aire como humiditat en la tierra.

El marino había tropezado al final de la frase, pronunciando «humedtat». Decambrais había atribuido el fragmento a un texto del siglo XVII, sin mucha seguridad.

Citas de un loco, de un maniaco, eso era lo más probable. O bien de un sabihondo. O, si no, de un impotente que trataba de instaurar su poder destilando lo incomprendible, alzándose gozosamente por encima de la vulgaridad, hundiendo al hombre de la calle en su inmundicia incultura. Sin duda estaba ahora en la plaza, mezclado entre el gentío, para alimentarse de las expresiones de estupefacción que provocaban los cultos mensajes que el pregonero leía con dificultad.

Decambrais golpeó la hoja con su lápiz. Incluso presentados desde este ángulo, los designios y la personalidad del autor permanecían oscuros. Así como el anuncio n.º 14 de la víspera, *Iros a tomar por culo, pandilla de gilipollas*, escuchado mil veces de maneras aproximativas, tenía el mérito de la claridad con su rabia breve y sumaria, de igual manera los mensajes alambicados del sabihondo se resistían al desciframiento. Para comprender necesitaba que creciese su colección, necesitaba escucharlo mañana tras mañana. Era quizás aquello, simplemente, lo que deseaba el autor: que se quedasen suspendidos de sus labios, cada día.

El estado de la mar había llegado a su fin, obtuso, y el pregonero retomó su letanía, con la hermosa voz que alcanzaba más allá del cruce. Acababa de concluir su sección *Siete días en el mundo*, en la cual arremolinaba a su manera las noticias internacionales del día. Decambrais atrapó las últimas frases: *En China, nadie se ríe, pero como si nada, siguen a bastonazos. En África, nada va demasiado bien, hoy como ayer. Y no parece que vaya a arreglarse mañana en vista de que nadie mueve el culo por ellos.* Retomaba ahora el anuncio n.º 16, concerniente a la venta de un *flipper* eléctrico fechado en 1965 con ornamento de una mujer de senos desnudos en estado impecable. Decambrais esperaba casi tenso, con el lápiz apretado. Y el anuncio llegó, bien identificable, en el medio de los *Te quiero, vendo, que os den por el culo y compro*. Decambrais creyó ver cómo el pescador titubeaba medio segundo antes de lanzarse. Se preguntó si el bretón no había localizado al intruso.

—*Diecinueve* —anunció Joss—. *Y entonces, cuando las serpientes, murciélagos, tejones y todos los animales que viven en la profundidad de las galerías subterráneas salen en masa a los campos...*

Decambrais garabateó rápidamente en su hoja. Todavía esas historias de bichos, esas viejas historias de la suciedad de los bichos. Releyó la totalidad del texto, pensativo, mientras el marino concluía su pregón con la tradicional *Página de la Historia de Francia para todos*, que se reducía sistemáticamente al relato de un naufragio antiguo. Era probable que este Le Guern hubiese naufragado alguna vez. Y probablemente su barco se había llamado *Viento de Norois*. Fue seguramente entonces cuando

la cabeza del bretón hizo agua, como el barquichuelo. Este hombre con aspecto sano y decidido estaba loco, en el fondo, agarrándose a sus obsesiones como a boyas a la deriva. Igual que él, sólo que él no tenía aspecto sano ni decidido.

—*Ciudad de Cambrais* —enunció Joss—, *15 de septiembre de 1883. Vapor francés, 1.400 toneladas. Viento de Dunkerque hacia Lorient, cargado de raíles de ferrocarril. Encalla en Basse Gouac'h. Explosión de la caldera, un pasajero muerto. Tripulación: 21 hombres, salvados.*

Joss Le Guern no tenía necesidad de hacer signo alguno para que los fieles se dispersasen. Todos sabían que con la narración del naufragio llegaba a su fin el pregón. Relato tan esperado que algunos habían tomado la costumbre de apostar sobre la conclusión del drama. Las cuentas se hacían en el café de enfrente o en la oficina, según si uno había apostado «todos salvados», «todos perdidos» o mitad y mitad. A Joss no le gustaba ese comercio basado en la tragedia pero sabía también que así era como la vida empezaba a crecer sobre los naufragios y que aquello estaba bien.

Descendió de un salto del estrado y cruzó la mirada con Decambrais que guardaba su libro. Como si Joss no supiese que venía a escuchar el pregón. Viejo hipócrita, viejo pesado incapaz de admitir que un pobre pescador bretón lo distraía de su aburrimiento. Si Decambrais supiese lo que había encontrado en su entrega de la mañana... *Hervé Decambrais fabrica él mismo sus manteles de encaje, Hervé Decambrais es un marica.* Joss, tras sentir una ligera tentación, había archivado el mensaje entre los

desechos. Ya eran dos ahora, quizás tres contando a Lizbeth, los que sabían que Decambrais practicaba a escondidas la profesión de encajera. En cierto modo, aquella noticia hacía a aquel hombre menos antipático. Quizás porque había visto durante tantos años a su padre remendando las redes de noche, durante largas horas.

Joss recogió los desechos, cargó la caja sobre su hombro y Damas lo ayudó a volver a meterla en la trastienda. El café estaba caliente, las dos tazas listas, como cada mañana tras el pregón.

—No he entendido nada del 19 —dijo Damas sentándose en un taburete alto—. La historia esa de las serpientes. Ni siquiera se terminaba la frase.

Damas era un tipo joven, fuerte, más bien guapo, con el corazón en la mano pero no muy listo. En sus ojos tenía siempre una especie de torpeza que le vaciaba la mirada. Demasiada ternura o demasiada tontería. Joss no conseguía decidirse. La mirada de Damas no se instalaba nunca en un punto preciso, ni siquiera cuando se ponía a hablar con alguien. Flotaba, discreta, acolchada, como una bruma, imposible de atrapar.

—Un tarado —comentó Joss—. No le des vueltas.

—No le doy vueltas —dijo Damas.

—Dime, ¿has oído el tiempo?

—Sí.

—¿Has oído que el verano ha terminado? ¿No crees que vas a enfriarte así?

Damas vestía un pantalón corto y un chaleco de tela directamente sobre el torso desnudo.

—Bah —dijo contemplándose—. Aguanto.

—¿De qué te sirve mostrar tus músculos?

Damas se bebió el café de un solo trago.

—Esto no es una tienda de encajes —respondió—. Es Roll-Rider. Vendo planchas, tablas, patines, tablas de surf y todoterrenos. Es buena publicidad para la tienda —añadió posando el dedo sobre su torso.

—¿Por qué hablas de encajes? —preguntó Joss, repentinamente desafiante.

—Porque Decambrais los vende. Y está todo viejo y escuálido.

—¿Sabes de dónde saca sus manteles?

—Sí. De un mayorista de Rouen. Decambrais no es ningún zopenco. Me ha dado una consulta gratuita.

—¿Eres tú el que ha recurrido a él?

—Sí, ¿por qué? «Consejero en cosas de la vida.» Es eso lo que está escrito en su cartel, ¿no? No hay que avergonzarse de hablar de las cosas, Joss.

—También está escrito: «40 francos la media hora. Todo cuarto de hora comenzado ha de pagarse». Es pagar caro por un cuento, Damas. ¿Qué sabe el viejo de las cosas de la vida? Ni siquiera ha navegado nunca.

—No es un cuento, Joss. ¿Quieres que te lo pruebe? «No es por la tienda por lo que enseñas tu cuerpo, Damas, es por ti mismo», me dijo. «Ponte un traje y trata de tener confianza en ti mismo, es un consejo de amigo. Estarás igual de guapo pero parecerás menos tonto.» ¿Qué dices de eso, Joss?

—Hay que admitir que es inteligente —reconoció Joss—. ¿Y por qué no te vistes?

—Porque hago lo que me da la gana. Sólo que Lizbeth tiene miedo de que me muera y Marie-Belle también. Dentro de cinco días, hago un esfuerzo y me visto.

—Bueno —dijo Joss—. Porque empieza a estropearse malamente por el oeste.

—¿Decambrais?

—¿Qué, Decambrais?

—¿No puedes tragarlo?

—Un matiz, Damas. Es Decambrais el que no me puede ver.

—Es una pena —dijo Damas recogiendo las tazas. Porque parece que una de las habitaciones se ha quedado libre. Hubiese podido verte bien. A dos pasos de tu trabajo, abrigado, con la ropa limpia y comida caliente todas las noches.

—Mierda —dijo Joss.

—Como te digo. Pero no puedes coger el cuchitril. Como no puedes tragarlo...

—No —dijo Joss—. No puedo cogerlo.

—Qué jodido.

—Muy jodido.

—Y además está Lizbeth. Es una ventaja añadida tremenda.

—Una enorme ventaja.

—Como te digo. Pero no puedes alquilarlo. Como no puedes tragarlo...

—Matiza, Damas. Es él quien no puede verme delante.

—Es lo mismo al fin y al cabo para lo de la habitación. No puedes.

—No puedo.

—A veces las cosas salen mal. ¿Estás seguro de que no puedes?

Joss endureció la mandíbula.

—Seguro, Damas. Ni siquiera merece la pena hablar de ello.

Joss salió de la tienda y se dirigió al café de enfrente, El Vikingo. No es que los normandos y los bretones se hayan llevado nunca bien, entrechocando sus navíos en los mares del medio, pero Joss sabía también que sólo le había faltado una minucia para nacer en el lado de las tierras del Norte. El patrón, Bertin, un hombre alto con cabello rubio rojizo, de pómulos prominentes y ojos claros, servía un calvados único en el mundo, porque se suponía que daba la eterna juventud azotándose correctamente por dentro en vez de lanzarte directamente a la tumba. Las manzanas venían de su campo, como quien dice, y allí los toros morían centenarios y todavía rozagantes. O sea, las manzanas, ni te digo.

—¿Algo va mal esta mañana? —se inquietó Bertin sirviéndole un calvados.

—No es nada. Es sólo que a veces, las cosa salen mal —dijo Joss—. ¿A ti te parece que Decambrais no puede verme delante?

—No —dijo Bertin, protegido por su prudencia muy normanda—. Diría que te toma por un bruto.

—¿Y qué diferencia hay?

—Digamos que puede arreglarse con el tiempo.

—Tiempo, vosotros los normandos no sabéis hablar de otra cosa. Una palabra cada cinco años, con suerte. Si todo el mundo hiciese como vosotros, la civilización no avanzaría muy rápido.

—Avanzaría tal vez mejor.

—¡Tiempo! Pero ¿cuánto tiempo, Bertin? Ésa es la cuestión.

—No mucho. Diez años.

—Entonces, está jodido.

—¿Era urgente? ¿Querías pedirle consejo?

—Un pimiento. Quería su cuchitril.

—Pues deberías darte prisa, creo que hay una oferta. Él se resiste porque el tipo está loco por Lizbeth.

—¿Por qué quieres que me dé prisa, Bertin? El viejo pretencioso me toma por un bruto.

—Hay que entenderlo, Joss. Nunca ha navegado. Además, ¿acaso no eres un bruto?

—Nunca he pretendido lo contrario.

—Ya veo. Decambrais es un conoedor. Dime, Joss, ¿tú has entendido ese anuncio tuyo, el 19?

—No.

—Me ha parecido especial, tan especial como los de los últimos tres días.

—Muy especial. No me gustan esos anuncios.

—Entonces, ¿por qué los lees?

—Los pagan, y muy bien. Y los Le Guern quizá seamos unos brutos pero no somos bandidos.